

Saldaña, doña Bartolita y su marido lograron detener a varias señoras que ya bajaban la escalera, y las obligaron a volver a entrar a la sala. El cuarto de los abrigos presentaba la más completa confusión y desorden; había sombreros machucados, abrigos pisoteados y grandes hacinamientos de abrigos de estambre y de seda, cuyas borlas, flecos y mallas se habían trabado unos con otros de tal manera que era imposible separarlos.

—¿Qué están haciendo? —le dijo una polla a otra.

—¡Mira qué diablura! Aquí está mi abrigo, pero se ha enredado de tal manera con otros dos, que no hay modo de sacar el mío. Ya he roto muchos flecos y no sale. Parece que los tres están tejidos en uno.

—Tira por aquí.

—¡Adiós, ya tronó! ¿De quién será?

—No importa, jala, porque ya nos vamos.

Aunque entre Saldaña, el curial, don Manuel y otras personas serias habían logrado contener el desorden en corredores y recámaras, el comedor era de nuevo un campo de Agramante. Los pollos habían emprendido formal disputa sobre si Machuca había tenido o no razón. Quien aseveraba que Perico había besado a Gumesinda, quien que iba tomando de una manera inconveniente, quien que le iba haciendo una declaración estúpidamente grosera; el caso es que los pollos se acaloraban unos en contra y otros a favor de Machuca.

Sonó de nuevo la música en la sala, a la sazón que se cruzaban ya palabras descompuestas entre dos pollos alcoholizados, y voló por el aire una botella de vino tinto que, dando contra el vidrio de un estante, produjo un estrépito infernal, seguido de gritos y exclamaciones tumultuosas.

—¡Orden, señores, orden! —gritaba Saldaña, con los cabellos en desorden y los cuellos de la camisa empapados de sudor y laxos como dos pellejos—. ¡Orden! ¡Orden!

Pero no bien acababa de gritar estas palabras, se oyó en la calle una detonación, algunos gritos y el pito del gendarme.

—¡Adiós, demonios! —exclamó Saldaña brincando los escalones de cuatro en cuatro—. ¿Qué sucede?

—¡Hay tiros en la calle! —gritaban desde el corredor.

—¡Otro pleito!

—Han comido gallo.

Un tropel se precipitó por las escaleras siguiendo a Saldaña. Al llegar a la calle, se agitaban en todas direcciones las linternillas de los gendarmes, y la voz de alarma por medio de los pitos se difundía a diez cuadras en contorno.

—¡A ver! ¿Qué sucede?

—¿Quién tiró? —preguntaba un gendarme.

—¡A quién le pegaron? —gritaba otro.

—¿Quién es el herido?

El coronel, a pesar de sus botines apretados, estaba en la calle, sin sombrero y dispuesto al combate.

—¿Qué sucede?

—Son el pagador Machuca y Pío Cenizo, que se han dado de golpes.

—¿Por qué?

—Por Perico.

Efectivamente, Cenizo en un grupo, y Machuca en otro, estaban ya en poder de los gendarmes.

El coronel pretendía ejercer jurisdicción, y reprendía severamente a los gendarmes. Pretendía la libertad de Machuca y Cenizo, alegando que eran unos caballeros y quién sabe cuántas cosas más.

Los gendarmes, tocándose el *képi* y cuadrándose al frente, alegaban el cumplimiento de su deber. El coronel se exaltaba con las réplicas, y salió a lucir aquello de que era muy hombre y que había dado su sangre por la patria y, sobre todo, con lo que creyó desar-

mar completamente a la policía, obligándola a echar tierra en el asunto, fue con una frase que, poniéndole la mano en el hombro, dijo al gendarme con acento ronco y enfático:

—Soy... íntimo amigo... de Porfirio...

El gendarme permaneció impasible.

El coronel volvió a acercarse al oído del gendarme.

—Carlos Díez Gutiérrez es mi compadre.

El gendarme no contestó, y no obstante lo cabalístico de aquellas dos declaraciones formidables del marido de Bartolita, dos grupos compactos de gendarmes, en cuyos respectivos centros estaban Cenizo y Machuca, tomaban el camino de la Inspección de Policía.

El estrépito que produjeron los cristales del comedor, el altercado de los pollos, los gritos y voces de alarma que se oían en la calle, y los lamentos y exclamaciones de las señoras, presentaban en la casa del coronel el cuadro más completo de confusión y desorden.

Grupos de señoras bajaban las escaleras precipitadamente para buscar puerto seguro en la calle, y otros grupos volvían del zaguán y subían las escaleras propagando la alarma del exterior. El cuarto de los abrigos llegó a ser un verdadero zaquizamí, porque ya nadie se cuidaba de ver lo que pisaba. Hubo pollo que intencionalmente anduviera sobre sombreros y paltós como por su casa.

Afortunadamente el grupo de la calle, con la intervención de un jefe oficioso, encontró manera de hacer desistir a los gendarmes de cargar con los contendientes, y todas las familias que deseaban salir se precipitaron en tropel fuera de la casa.

Saldaña, el pobre de Saldaña, sacaba fuerzas de flaqueza, y mandaba tocar danza, para ahogar con la música los gritos tumultuosos y hasta las palabras obscenas de los pollos borrachos.

Más de tres cuartas partes de la concurrencia habían desaparecido; pero el pie veterano del baile había quedado allí, para acreditar su temple y su valor civil.

Se había quedado Venturita. ¿Cómo no había de quedarse Venturita? Aquel señor que quería verle los pies, aquel por quien Venturita hizo un domingo un rodeo solemne desde el Zócalo al Hotel de Iturbide, aquel que se había manifestado reacio y cuya indiferencia había inducido a Venturita a pensar en la estética del calzado, aquel señor estaba allí, se había acercado a Venturita, había bailado con ella, le había dicho muchas cosas galantes y, por último, cuando Venturita corría hacia la recámara en actitud de Ione en el último día de Pompeya, para salvarse de la catástrofe, el señor aquel había dicho con acento dramático:

—No se vaya usted.

Venturita levantó sus ojillos inteligentes, los clavó en aquel Glauco, y arrojó su abrigo blanco sobre las ruinas de la recámara. ¡Cómo no había de quedarse Venturita!

Otras de las del pie veterano, de las supervivientes de la catástrofe, eran las Machucas, cada una de las cuales sostenía *tête à tête* con alguno.

Leonor con Enrique, Gumesinda con Jiménez, y la otra, la más chica, con el amigo de Jiménez.

Lupe, con su manchón de crema en el vestido azul, no podía contener el sueño a pesar de lo entretenida que estaba. Andaba buscando los rincones para cabecear sin ser vista. A Lupe no la habían enamorado. Era fea, la pobre, estaba mal forjada, y luego aquel fleco rebelde que mientras permaneció húmedo fingió una mansedumbre insidiosa, apenas subió la temperatura de la sala, comenzó a insurreccionarse con una tensión feroz, presentando sobre su frente, no el rizo que cae y sombrea el ojo, sino una brocha negra que se yergue como si le guardara rencor a las tijeras.

Con semejante fleco, se comprende muy bien que sólo don Lucio, el barbero, acompañante de Lupe, bailó con ella.

Ya serían las tres de la mañana, y hasta esas horas no pudo el pobre coronel ponerse sus botines viejos. Estaba enteramente cojo, y evitaba por todos los medios posibles moverse de un asiento.

Matilde bailó mucho y se asustó poco, y doña Bartolita estaba con un *flato* espantoso, le apretaba todo, y lo que quería era que aquello se acabara pronto.

La vela de la cocina se había apagado, y la servidumbre dormía a favor de las tinieblas; y como tras del anisete había venido el coñac y el champaña y grandes remesas de pasteles, queso y carnes frías, el sueño era realmente reparador y comfortable; así al menos eran las apariencias.

La de Camacho había sido de las primeras en desaparecer sin despedida. Enriqueta y don Manuel habían seguido su ejemplo.

Las dos señoras que habían dejado a guardar a Saldaña sus abrigos lo buscaban con insistencia para pedírselos y retirarse, y como Saldaña estaba en todo, oyó que lo llamaban, y anticipándose a los deseos de las señoras, fue en busca de los abrigos al lugar seguro en que los había guardado.

—¡Maldición! —exclamó Saldaña entre dientes y abriendo mucho los ojos. Aquel ropero había sido literalmente saqueado; las tablas ostentaban toda su desnudez. Sabía muy bien Saldaña el desorden que había reinado; tenía experiencia de que en los bailes, tales como aquel, hay ladrones de abrigos, y como Saldaña había quedado responsable no quiso sufrir los reproches de las señoras despojadas, y corrió a la cocina, y tropezando con fregatrices y sirvientes dormidas, atravesó las tinieblas y se fue a esconder a la azotehuela.

Los gritos a Saldaña se repetían por toda la casa; bien es que desde las ocho de la noche le habían estado acabando el nombre, y ya no respondía cuando lo llamaban.

Las señoras buscaban a la dueña de la casa, y entonces fue cuando conocieron a Bartolita.

Presentaron su queja con la mayor moderación.

—¡Saldaña! ¿En dónde está Saldaña?

Salió a buscarlo el coronel y varios comedidos; Saldaña no parecía, y hubo quien asegurara que se había marchado. Buscaron los abrigos en el ropero en donde los habían guardado y, como Saldaña, lo encontraron vacío.

Doña Bartolita hubo de proporcionar a aquellas señoras con qué abrigarse, ofreciendo mandarles sus abrigos cuando parecieran.

Tras de aquellas señoras había dos caballeros que habían perdido sus paltós, y en cuanto a sombreros, todos los que habían quedado eran viejos y algunos pisoteados.

Saldaña estaba en la azotehuela oyendo rugir la tempestad, y decidió no asomar las narices.

Lupe y don Lucio también lo buscaban por toda la casa, y ya habían resuelto marcharse sin él, cuando al pasar por una pieza, cuya ventana daba a la azotehuela, oyeron una voz que salía con cautela por la hendidura.

—Acércate, Lucio.

—¿Qué?, ¿quién?, ¿eres tú?

—Sí.

—¿Saldaña?

—¡Chist!, cállate. Voltéame la espalda para disimular, y escucha.

—Ya.

—Pon cuidado.

—Di.

—Toma tu sombrero y llévate a Lupe.

—Bueno.

—Chist... oye.

—¿Qué?

—Cuando bajes la escalera...

—Sí, qué...

—Espera. A mano derecha, tras el barril del eucaliptus, está una canasta.

—¿Y qué?

—Nada, que he apartado algunas frioleras para mis criaturitas.

—Bueno, ya comprendo. Adiós.

Lupe, que no podía hacer otra cosa, metió los dedos por la hendidura de la ventana, y Saldaña se los mordió quedito por el otro lado.

Lupe y don Lucio se alejaron.

Saldaña estaba decidido a no salir de su escondite mientras lo siguieran llamando. Por largo rato estuvo oyendo su nombre, repetido en todos los tonos, pero permanecía inmóvil. Aquel corto reposo, después de un trajín continuo de muchas horas, lo indujo a sentarse. La azotehuela en que se encontraba Saldaña estaba atestada de cajones vacíos y de la paja de los empaques. Buscando con las manos encontró bien pronto un cajón que acomodó para sentarse.

Al doblar las dos piernas, pensó en que no se había sentado desde la víspera.

Reinaba la más profunda oscuridad, y a medida que los rumores del baile iban extinguiéndose, otros ruidos se percibían a lo largo de la cocina y de la azotehuela.

Las fregatrices roncaban, si no con la felicidad del justo, al menos con el sopor del anisete y las satisfacciones de una cena exótica.

Aquellos ronquidos, compasados unos, estrepitosos otros, guturales algunos, se mezclaban en una especie de coro de ranas, con respiraciones estertorosas y frotamientos de paja. Aquélla era la región del sueño, el reino de Morfeo. ¡Qué mucho que Saldaña agregara al coro aquel, por su propia cuenta, un bostezo descomunal, bostezo de cuarenta y ocho horas de vigilia, y antes de que

tuviera lugar de persuadirse de que ya no lo llamaban, se quedó dormido!

El baile se había acabado por su propia virtud: la concurrencia se había ido saliendo sin despedida.

Bartolita se fue a acostar, y Matilde y su papá apagaron las velas.

IX CONCLUSIÓN

A poco amanecía.

La luz de la mañana venía con sus rayos azulados y limpios a poner en evidencia aquel lecho de placer de donde acababan de huir las bestias humanas.

Salía por las puertas del comedor y de la sala una especie de vapor alcoholizado, un vapor humano y tan pesado que casi se arrastraba por el suelo, como no queriendo luchar con la atmósfera limpia y diáfana de la aurora. Una luz color de rosa parecía asomarse por los pretilos de la azotea para ir a curiosear lo que había quedado en aquel comedor o campo de Agramante; filtrándose como podía por entre las macetas y las cortinas, iba a pintar filetitos azulosos en el borde de las copas y a lo largo de las mamaderas de los candelabros, cuyas velas habían dejado un arrecife de estearina sobre los manteles. La alfombra estaba impregnada en vino y sembrada de tuestos de vidrio; había queso de Gruyère sobre las sillas, debajo de la mesa, dentro las copas y sobre los sombreros; los pasteles pisados habían acabado de cubrir las flores que le quedaban visibles a la alfombra. La mesa presentaba todas las huellas de la batalla, porque más eran las copas y botellas volcadas y rotas que las que habían quedado en pie.

El queso de Gruyère seguía diseminado en la sala, sobre los sillones, en la moldura de los cuadros, en los arbotantes de los candelabros, sobre las columnas de yeso, en las escupideras y en el suelo. No había un solo resquicio plano que no estuviera ocupado por una copa a medio vaciar, por un pastel o por un pedazo de queso. Es que se les había dado a aquellas gentes más de lo que querían y más de lo que podían consumir, y cada cual se encontró alguna vez con algo en la mano que le salía sobrando.

Mientras los concurrentes hacen en sus casas los comentarios del baile, y de los cuales hacemos gracia al benévolo lector, oigamos las impresiones de Enrique, el apasionado de Leonor Machuca.

Como de costumbre concurrió, puesto que era domingo en la tarde, al paseo en donde no tardó en encontrar a Jiménez y a su amigo.

—¿Qué tal, Enrique, ha dormido usted la desvelada? —le preguntó Jiménez.

—No he pegado los ojos. No he dormido desde antes de ayer.

—Buen síntoma, estará usted en grande.

—¡Oh!, ya se entiende —agregó el amigo de Jiménez— que el triunfo ha sido completo.

—Cuéntenos usted, Enrique, sus impresiones.

—A condición de que sea... allí —dijo señalando la Alameda—, en una banca aislada.

—¡Magnífico! Así seremos todos oídos; vamos.

—Vamos.

Y los tres amigos se instalaron en una banca, eligiendo el lugar menos transitado.

—Pues, señor —prorrumpió Enrique, poniéndose la mano en la frente, y apretando los ojos como para concentrarse en sus ideas—. ¡Estoy salvado!

—¿Cómo?

—Pongan ustedes atención: al ser presentado a Leonor, nos dimos la mano y... cuestión de magnetismo... era yo hombre al agua. Aquel apretón de mano afirmó de golpe todas mis resoluciones, y armado de la arrogancia de aquel que ha tenido valor para quemar sus naves, entré en materia, hablé con Leonor por la primera vez. Le dirigí algunas preguntas y... no van ustedes a creerlo, el timbre de la voz de aquella mujer me causó una impresión extraña; me parecía que la voz no salía de aquel cuerpo; sentía como si hubiera equivocado a la persona; no estaba, en fin, en consonancia la impresión que me había producido su figura con la impresión que me producía su voz. No era cuestión puramente acústica; la parte moral o intelectual de sus respuestas encerraba un desencanto. Leonor es una mujer enteramente vulgar, es una elegante cursi en toda la acepción de la palabra. ¿Cuál piensan ustedes que fue el único tema de conversación que pudo animarla?

—El amor —dijeron a dúo Jiménez y su amigo.

—No, señor; eso hubiera sido lo natural. No fue el amor: fue el juego.

—¡El juego!

—Sí, señores. Leonor es jugadora, es apunte. Me contó, con un desplante digno de Martel, cómo hacía tres tardes se le habían hecho cinco chicas, y cómo en seguida había perdido una vaca de cincuenta pesos con un desconocido que la enamoraba. Celebraba esta mujer con escandalosa ingenuidad cómo se había propuesto arruinar a aquel pretendiente que se empeñaba en correr su suerte. Confieso a ustedes que esto me hizo un efecto detestable; pero lo que acabó completamente con mis ilusiones fue lo segundo.

—¿Qué es lo segundo? —preguntaron con interés Jiménez y su amigo.

—Lo segundo es esto: que Leonor es borracha.

—No, hombre.

—Palabra de honor. Había yo dejado de bailar con ella y la observaba desde el corredor. Se había puesto a cenar, y como se quitó los guantes que regularizaban las líneas de sus manos, y además cubrían la tez, la vi alargar una mano huesosa, trigueña e inculca, para devorar pasteles y beber copas.

”Cuando la volví a ver en la sala, aquellos ojazos que me encantaron por algún tiempo tenían esa mirada vaga y estúpida de la embriaguez; los párpados estaban ribeteados con una huella sanguinolenta. Ella fue quien me dirigió entonces la palabra... la palabra pastosa del borracho, las repeticiones innecesarias, y sobre todo la declaración final: —Usted me ha de dispensar... porque no estoy precisamente trompeta, porque a mí no se me sube; que se lo diga a usted éste —agregó poniéndole la mano en el hombro a un joven—, pero usted verá; nos hemos tomado dos botellas de champaña entre tres, además de las copas; sólo de coñac me he tomado seis; pero yo tengo muy buena cabeza; lo único que me sucede es que me arden los ojos como con el humo; pero nada más...

”Aquí Leonor dejó escapar una risita idiota, y en su cuerpo pudo notarse una de esas oscilaciones involuntarias de los borrachos, cuando un exceso de gases amenaza la noción del equilibrio.

”La hada, la creación poética de mi fantasía, la mujer que el prestigio irresistible de su hermosura parecía poner a sus pies con una mirada mi porvenir y mi existencia, se ha evaporado, no existe, no ha existido nunca. Por lo tanto soy libre, me vuelvo a Europa y doy a ustedes las gracias por habernos invitado al baile, porque hoy ya sé a qué atenerme respecto a las Machucas.”

—Pues yo —dijo Jiménez— no soy tan escrupuloso como Enrique; según lo que dije a ustedes, puse un poquito jalada a Gumesinda y nos arreglamos.

—A mí —dijo el amigo de Jiménez —la más chica de las Machucas me dio tres besos anoche y me quedó a deber otros tres.

Ya han pasado tres días del baile, y todavía la casa de doña Bartolita huele a coñac desde el zaguán. Las alfombras y el tapiz de algunos muebles quedaron inútiles para un segundo baile. El pobre del coronel no había cesado de pagar cuentas, que aumentadas con las de gastos imprevistos por roturas y destrozos, acabaron con el dinero contante. El coronel quedó endrogado.

Don Lucio, como se lo había dicho Saldaña, cargó con un gran canasto con botellas, latas, pasteles, queso y cuanto encontró digno de llamarle *frioleras* para sus criaturitas. Don Lucio, Saldaña y Lupe, y los niños, comieron juntos al día siguiente hasta reventar.

Las niñas de la alberca Pane no se refrescaron ese domingo; acariciaban el calor del baile para aprovecharlo todo. Habían bailado mucho con sus novios.

Finalmente, doña Bartolita, rendida de cansancio, avergonzada por la pérdida de los abrigos, por los escándalos dados en su casa, molesta por las habladurías de los vecinos y afligida por la ruina de su marido, exclamó con una elocuencia de que nunca se había sentido capaz:

—Mira, esposo mío, ¡primero y último! Es necesario ser como todas las gentes, egoísta, porque lo dice el refrán y nosotros debimos haberlo tomado en cuenta: “Baile y cochino, el del vecino”.

ÍNDICE

Prólogo	7
I. Preparativos del baile y del cochino	13
II. De cómo se reclutaban parejas y se alistaba concurrencia	23
III. De las Machucas y de otras parejas	35
IV. De cómo entre otras cosas se preparaban para el baile del coronel las niñas de la alberca Pane	45
V. Que trata de lo que hizo con su virtud una señora invitada al baile de Saldaña	57
VI. De cómo las apariencias de las niñas cursis suelen comprometer a resultados serios	85
VII. Comienza el baile	97
VIII. De cómo el calor de las velas, en combinación con el coñac de cinco ceros y otros peores, suele hacer de un baile un pandemónium	123
IX. Conclusión	141

Baile y cochino..., con un tiraje de 3 000 ejemplares, se terminó de imprimir en el mes de noviembre de 2013, en los talleres de Gráfica, Creatividad y Diseño, S.A. de C.V., Av. Presidente Plutarco Elías Calles, núm. 1321-A, Col. Miravalle, Del. Benito Juárez, C.P. 03580, México, D.F. El cuidado de edición estuvo a cargo de la Dirección General de Publicaciones del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.